

Libros colombianos raros y curiosos

Escribe: IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO

— LXII —

ANDRES VOTINO. JULIO VIVES GUERRA. (Seudónimo de JOSE VELASQUEZ GARCIA) (1873-1950). HENRIQUE ALVAREZ HENAO (1871-1914).—*Lejos de María.—Lejos de Efraín.—¡Se van!*.—12½ x 17½ ctms.—27 págs.—Casa Editorial de J. I. Gálvez.—Quito, Ecuador, 1910.

El editor de este raro opúsculo, muestra de sobriedad y buen gusto, don Juan Ignacio Gálvez, nació en Bogotá en 1874 y murió en Santiago de Chile en 1926. Poeta, político, periodista, empresario editorial. Estudió Derecho en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, en su ciudad natal. Se inició en el periodismo, como colaborador de "El Telegrama", que dirigía don Jerónimo Argáez. Por cerca de una década redactó "El Mago", "La Voz del Tiempo" y "Los Tiempos". Luego, en asocio de Julio Añez, dirigió "Los Hechos" y "El Viajero". En asocio de Ricardo Tirado Macías redactó, apenas concluída la guerra civil de los mil días, "Los Hechos". Vecinado en Quito, fundó y dirigió en la capital ecuatoriana "El Ecuador", "en talleres propios, bien provistos de elementos", al decir de "El Correo de Colombia", como puede verse en el tomo II del *Diccionario biográfico y bibliográfico de Colombia*, de don Joaquín Ospina, de donde tomamos estos datos.

Gálvez, al igual que Uribe Uribe, había proclamado en la prensa, para su partido, la necesidad de apelar a las armas en procura de conseguir sus reivindicaciones. Y fiel a esta convicción, tomó parte en la guerra civil, haciendo toda la campaña del Norte y de Oriente y comportándose valerosamente en las acciones de Bucaramanga, Peralonso, Terán, Palonegro, Miraflores, etc. Estuvo en el panóptico de Bogotá, como otros copartidarios suyos. Y en 1905 viajó al Ecuador, como cónsul de Colombia en el puerto de Guayaquil. Años después se estableció en Quito, organizó su empresa editorial, fundó un diario, "El Ecuador", y realizó diversas publicaciones colombianas, entre otras el opúsculo objeto de este comentario.

En 1915, ya de regreso a Colombia, asumió la dirección de "La Gaceta Republicana", en reemplazo de don Luis Cano.

— 79 —

Conocemos de Juan Ignacio Gálvez un opúsculo de 98 páginas, *Cuadros y Epigramas*, editado en la imprenta de Borda e Hijó, de Bogotá, en 1893. Y un interesante libro, *Conflictos internacionales: el Perú contra Colombia, Ecuador y Chile*, editado en Santiago, en la Imprenta-Litografía Universo, en 1919. Pero es autor de otras obras: *Un puñado de versos*, *Domingueras*, etc.

Era escritor correcto y galano, y quienes lo conocieron aseguran que se distinguió como ameno conversador.

En el Ecuador gozó de notable prestigio. A ello debióse el que concurre a Caracas, en ocasión del centenario de la independencia de Venezuela, como secretario de la legación ecuatoriana designada por el gobierno del país hermano para tal efecto.

Tuvo Juan Ignacio Gálvez hondas vinculaciones con sus correligionarios del departamento de Nariño, quienes lo designaron para que los representase en una de las convenciones nacionales del liberalismo colombiano.

Por lo que hace a Andrés Votino hemos llegado a la conclusión de que se trata de uno de los seudónimos de José Velásquez García, quien, según Rubén Pérez Ortiz en su libro *Seudónimos colombianos*, Bogotá, 1961, usó los siguientes: *El conde de Casanegra*, *Fray Cepillo*, *Juan Ruiz*, *Julio Vives Guerra*, *K. Odack* y *Luis de Obando* (página 266). No registra como seudónimo suyo el de *Andrés Votino*, ni hemos visto en parte alguna referencia que así lo acredite.

En el opúsculo a que nos estamos refiriendo, el conocido poema: *Lejos de María* (222 versos), que comienza:

*¡Las doce al fin! ¡Cuán lentas son las horas
en que con ansia el corazón aguarda,
y qué pronto sus garras matadoras
me ha clavado el dolor! ¡Ay! ¡Cuánto tarda
en asomar la luz del nuevo día
para emprender el viaje, ese viaje anhelado
y correr hasta el lado de María!*

está firmado por Votino.

Y el poema que le sigue, *Lejos de Efraín* (171 versos), que principia:

*¡Las doce ya! ¡La oscuridad me aterra!
¡Todos duermen aquí! ¡Yo sola velo!
¡El sueño ya mis párpados no cierra!
¡Mejor! ¡Así podré mirar al cielo!
¡A ese cielo que esconde en su negrura
mi porvenir ignoto!
¡Ay! Lo he mirado tanto que hasta creo
al ver pasar la exhalación rojiza,
que de tanto mirarlo ya lo he roto!*

aparece suscrito por Julio Vives Guerra.

Pero basta la atenta lectura de los dos poemas, para advertir por la identidad de sentimiento, por la coincidencia de ideas, lenguaje, expresiones, recursos poéticos, procedimientos técnicos en la factura del verso, etc., que uno y otro fueron escritos por la misma pluma. Velasco Madridiñán, en su biografía de Isaacs, *El caballero de las lágrimas*, transcribe fragmentos de los dos poemas, como de Votino y de Vives Guerra respectivamente. Pero en un periódico literario, "La Pluma", serie I número 9, que circuló en Cali en enero de 1927, ambos poemas aparecen como de Velásquez García, lo cual nos parece que es lo único acorde con la realidad.

José Velásquez García, o Julio Vives Guerra como es literariamente más conocido, nació en Santa Fe de Antioquia el 24 de julio de 1873 y murió en Bogotá, en 1950. Realizó cortos estudios en establecimientos docentes de la ciudad natal, bajo la dirección de su propio padre y de don Manuel Ferrer. Apenas adolescente tuvo que entregarse al trabajo para subvenir a sus necesidades y atender a los suyos. Fue administrador de correos del departamento de Antioquia, secretario de un juzgado superior en Medellín, jefe de las oficinas de contabilidad del Ministerio de Agricultura y del de Correos y telégrafos.

Desde temprana edad, y gracias a su consagración a la lectura, como excelente autodidacta, cultivó el periodismo y las bellas letras. Dirigió "El Dúo", en 1895, "La Bohemia alegre", en 1896; "El Cirirí", en 1897; "El Aviso", en 1898, y "Pierrot" y "Gaceta Republicana" en 1906 y 1916 respectivamente.

Vives Guerra cultivó diversos géneros literarios, el humorismo y la didáctica, el verso sentimental y el jocoso, entre otros, sobresaliendo en todos. "Su figura —dice Ortega Torres— es de las más simpáticas y originales de nuestra literatura, por su jovial optimismo, su bondad de espíritu y su dotes de artista y de caballero cristiano". Ha publicado varios libros, entre otros: *Prosas y versos*, *Aires antioqueños*, *Volanderas y tal...* Y ha mantenido en la prensa nacional secciones especiales para publicar regularmente *Gestas de la mi cibdad* y *Correcciones del lenguaje*.

De manera magistral compuso Vives Guerra su autorretrato en su estupendo soneto a la manera antigua, que tituló *Semblanza*, y que dice:

*Un hidalgo del Greco, hánme llamado
por el mi arcaico rostro e por barbudo;
e digo vos, señora, que non pudo
llamárseme de modo máspreciado.*

*Non el conde de Orgaz, ca non finado
estoy aún, magüer, asaz tenudo
soy por vuestro si vénme mustio e mudo
cabe los vuestos pies afijonado.*

*Un hidalgo del Greco... Si hánme fecho
tal bautizo por magro, bien sé agora
para llamarme así nueva razón:*

*es que yo, donosísima señora,
soy un Hidalgo de la Mano al Pecho
porque non se me rompa el corazón!*

Al lado del humorista, está en Vives Guerra el sentimental, y por cierto que de muy buena ley. Lo comprueban los dos poemas, inspirados en la novela de Isaacs, que en este opúsculo figuran; algunos de sus romances coloniales y varias de sus poesías, entre otras, aquella tan popular: *Volver... ¿y a qué?:*

*Me dices que vuelva, prima Ana María,
a ver por vez última mi ciudad lejana...
¡Que vuelva!... ¿No sabes? Hoy el alma mía
tiene tantas canas cual mi frente cana.*

*¡Que vuelva!... ¿A qué vuelvo si no hay quien me aguarde,
si nadie me espera, si todos han muerto,
si apenas la triste prisa de la tarde
salmodia en las frondas de mi antiguo huerto?*

*¡Ya se han ido todos!... ¡Ni padres ni amigos!
¡Huyó para siempre la ventura mía!
¡Murieron las flores que fueron testigos
de mi alegre infancia, prima Ana María!...*

Era, pues, Vives Guerra un excelente poeta del amor, del dolor y de la muerte. Y de allí que resultara tan acertado intérprete lírico del drama de Efraín y de María, en las dos elegías que reprodujo Juan Ignacio Gálvez en el opúsculo que es objeto de esta noticia bibliográfica.

De los dos poemas últimamente aludidos, solo se conocen, por lo general, fragmentos, como los que Velasco Madriñán publicó en su biografía de Isaacs. En su integridad, que sepamos, solo se han reproducido en el folleto impreso en Quito por Gálvez y en el número 9 de "La Pluma", revista literaria de Cali, en enero de 1927.

Enrique Alvarez Henao figura en este opúsculo con un poema de aliento: *¡Se van!*, escrito en octosílabos aconsonantados. Se compone de tres partes, así: 1) *Se va la tarde*; 2) *Se va la noche*; y 3) *Se va la vida*. No recordamos haber visto reproducido este poema en ninguna de las antologías de poesía colombiana que han llegado a nuestra noticia. Alvarez Henao nació en Bogotá, el 29 de noviembre de 1871 y murió en la misma ciudad, el 19 de julio de 1914. Estudió humanidades en el Colegio del Rosario y allí se graduó de bachiller. Luego ingresó a la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional, pero no concluyó sus estudios profesionales. Nos queda de este autor un solo libro, *Poesías*, editado en Barcelona, de las cuales algunas alcanzaron enorme popularidad, v. gr. *La abeja*, *Los tres ladrones*, *Rondó* y *La carcajada del diablo*.

Luis María Mora, en su precioso ensayo *Los contertulios de la Gruta Simbólica*, trazó un magistral retrato de Alvarez Henao, a quien evoca como "un muchacho risueño, de cuerpo regular, frente despejada, nariz que tiraba a aguileña, labios gruesos, ojos vivaces y color algo moreno. Tenía ciertos movimientos peculiares de la cabeza, los brazos y el tronco que denunciaban un temperamento nervioso en extremo, y en medio de la conversación solía girar rápidamente sobre el talón derecho... Recitaba

con voz lánguida y quejumbrosa y su mímica era tal que no sabía uno si estaba recitando en serio o burlándose de sí mismo..." (Selección Samper Ortega. Vol. 53. Págs. 112-113).

Alvarez Henao era, ante todo poeta. Con un sentido innato de la música verbal, del ritmo, del canto. No fue un poeta preciosista, ni un clásico capaz de pulir sus versos ni de trabajar escogiendo el vocablo más correcto y castizo. La poesía brotaba de su ser con la naturalidad con que el arroyo aflora a la superficie del seno de la vertiente montañera. No hay en sus versos artificio ni lima. Pero sí espontaneidad, sentimiento, tristeza, honda verdad humana.

Descontando la excesiva rigidez de los conceptos iniciales, no estuvo descaminado Luis María Mora cuando juzgó de este modo la poesía de Alvarez Henao:

"La rima de Alvarez Henao es pobrísima, su vocabulario muy reducido, sus medios artísticos casi nulos; pero por esas estrofas, a veces inarmónicas y lánguidas, corre el hondo sentimiento del poeta, que manaba de su corazón como un surtidor inagotable. Hay en todos sus versos un color de vaga tristeza, que no es recurso poético, sino que viene de algo indecible que tiene el pálido color de los paisajes lejanos. *Rondó*, quizás el menos conocido de sus poemas, produce una emoción de infinita intensidad y leyéndolo siente uno que el alma se sumerge en la inefable amargura que destila el *Nocturno* de Silva..." (Ob. cit. p. 117).

En el único poema de Alvarez Henao que exorna este folleto, se adunan, al poder descriptivo de las estrofas, la expresión de los más hondos sentimientos del alma, como en estos fragmentos del Canto II:

*Hay noches en la existencia
en que las meditaciones
conturban los corazones
y entristecen la conciencia.
En que al pesar la inocencia
de aquel pasado, ya muerto,
con el porvenir incierto
se siente el hombre tan solo,
que es un viajero del polo
con la fiebre del desierto...*

*¡Se va la noche! El alerta
se oye del perro nocturno;
embozado y taciturno
abre un galán una puerta
junto velan a una muerta y...
¡Oh, noche! ¡Tú no te asombras
de ver que ni en las alfombras
cuando ha cesado el bullicio
van la crápula y el vicio
besándose entre las sombras?*

*Cesó el mundanal acento;
en torno a la sombra es mucha;
en el ramaje se escucha
vibrar quejumbroso el viento,
los cirios del firmamento
se hallan apagados ya,
la luna nublada está
y al despuntar la alborada,
triste, muda y enlutada
¡se va la noche! ¡Se va!*

Un natural paralelismo une las tres partes del poema bajo una idea común: la fugacidad de las cosas de la existencia humana. De la tarde y la noche que se van, pasa el poeta a la vida que se extingue:

*¡Cuánto asombra! ¡Cuánto aterra
tener la idea de lo cierto!
Bronces que tocan a muerto
y una fosa que se cierra.
¡Pensar que nunca en la tierra
se estrechará aquella mano,
que ya no hay poder humano
ni sobrehumano que pueda
detener la enorme rueda
que maneja el tiempo insano!...*

*Noche funesta y medrosa
en que las horas pausadas
sonarán cual paletadas
de tierra sobre la fosa.
Cuando con voz angustiada
deja el hombre cuanto quiere,
y al canto del Miserere
el sol de la vida vase,
con esta imponente frase:
“¡Todo acaba! ¡Todo muere!”...*

*¡Se va la vida! Y atenta
quizás el alma comprende
que ella misma se desprende
como nube de tormenta.
¡Ah! Después de que se ausenta
¿Qué importan las alegrías?
¿y qué importa que los días,
y los años y los siglos,
desparramen cual vestiglos
nuestras cenizas ya frías?...*

*¡Vida! ¡Es un hondo lamento
el declinar de tu tarde!
Tenue lámpara solo arde
en el cráneo, el pensamiento.*

*La que alumbrará el momento
en que con mutismo extraño,
a un último desengaño
quizá nos lleve la muerte.
¡Oh!, pensar en nuestra suerte,
bueno es, sí, pero hace daño.*

*¡Terrible instante! La ciencia
muda está mirando al suelo!
Se va a desgranar el velo
del drama de la existencia.
¡Del ser no queda conciencia!
La retina turbia está;
el cerebro débil ya,
de vagas sombras se puebla;
¡Todo es bruma! ¡Todo es niebla!
¡Se va la vida! ¡Se va!*

Aparte de su contenido poético, la edición de este opúsculo es preciosa en su sobriedad, y testimonio fehaciente del adelanto de las artes tipográficas en el Ecuador, al promediar el centenario de la independencia de casi todas las naciones de Hispano-América.